

# La Academia, cuna de aviadores

PABLO J. MEROÑO FERNÁNDEZ

Teniente coronel del Ejército del Aire

Jefe de la Sección Económico-Administrativa de la AGA

*San Javier, 15 de septiembre de 1945, 14:00 horas.*

*—A la orden de usted, mi comandante. Sin novedad en el Batallón de Alumnos. Forman 251 cadetes.*

*—Gracias... ¿alguna incidencia?*

*—¿Ha dicho alguna, mi comandante? El tren ha llegado con retraso, no hay agua en ningún edificio, los uniformes que traen...*

*—Vale, Juega, está bien... me hago cargo. ¿Qué van a hacer ahora?*

*—Mi comandante, si no quieres otra cosa, pensaba mandarlos a comer... hay paella.*

Esta hipotética escena, de haber ocurrido así, habría tenido como protagonistas al comandante Llaca, primer jefe del Batallón de Alumnos, y al capitán Juega, el oficial de servicio en la Academia el día de la incorporación de los cadetes de la 1.ª promoción. En ese sencillo acto habría tenido lugar el primer parte de novedades de la Academia General del Aire con sus alumnos presentes, al cual seguirían muchos, muchísimos más. En la misma plaza, en clase, en vuelos o en cualquier otro lugar, dentro o fuera de la Academia; en días de diario y también en festivos; en formaciones para revistas, para ir a *bandera*, para la lectura de la orden, para recuento de arrestados o para disfrutar de un concurrido «caimán»; con uniformidad de instrucción o de deporte, o con mono de vuelo, o con tabardo..., o sin él.



La tradicional frase «sin novedad» –que tiene la curiosa peculiaridad de que los militares la empleamos tanto si hay algo que contar como si no– ha sido pronunciada desde entonces en incontables ocasiones a lo largo de los 75 cursos académicos que casi han transcurrido desde la creación de la Academia General del Aire. Periodos de nueve meses cuyos sucesivos inicios y finales –con mayor o menor fortuna– han conformado la historia de la Academia y del Ejército del Aire, y han marcado de forma indeleble las vidas de los que los protagonizaron, como alumnos, como profesores o como personal de seguridad y apoyo, tanto militar como civil.

La base de San Javier ya gozaba de una larga tradición docente antes de acoger a la AGA. Su ubicación en el sureste peninsular, una zona de meteorología excelente para el vuelo, hizo que en ella se establecieran diversos centros docentes a lo largo de su existencia, entre los que destacó el Grupo de Escuelas de Levante, un órgano directivo creado en 1939, del que dependían las Escuelas Elementales de Pilotos números 1 y 2, radicadas, respectivamente, en la base aérea de Alcantarilla y en el aeródromo de El Palmar, hoy desaparecido; la Escuela Inicial Premilitar Aérea, la «Pre-mi», para la

adaptación del personal que llegaba al Ejército del Aire procedente de Tierra o Marina; y la Escuela de Formación, para instrucción básica de pilotos y determinación de aptitud de caza o bombardeo, estas dos últimas ubicadas en San Javier.

La doctrina militar de la época ya atisbaba que el conocimiento entre armas y cuerpos y el espíritu de cooperación mutua recibirían un notable impulso si todos los oficiales cursasen sus estudios en un solo centro de formación en lugar de dispersarse por una multitud de academias y escuelas, regionales o específicas de cada arma, cuerpo o especialidad. Era la plasmación de lo que en el Ejército se conocía –y sigue conociéndose– como «el espíritu de la General». De este modo nació el concepto de centro docente principal, que en los primeros años 40 sería implantado en los tres Ejércitos, con la misma idea de generalidad, si bien con distinta denominación: Academia General Militar –que así iniciaría su 3.<sup>a</sup> época–, Escuela Naval Militar, y Academia General del Aire.

La primera, que ya existía, volvió a su emplazamiento zaragozano. La de la Armada fue trasladada a Marín (Pontevedra) desde su anterior ubicación en San Fernando (Cádiz). Y en el caso del Ejército del Aire, pronto quedó claro, por las circunstancias antes mencionadas, que la zona marplatense contaba con las mayores posibilidades para acoger a su futura Academia General.

En consecuencia, el 28 de julio de 1943, y a propuesta del ministro del Aire, se decretó la creación de la Academia General del Aire, ubicándola en la base aérea de San Javier. En esta disposición tam-



*La plaza de armas de la Academia General del Aire en 1948*

bién se establece que «será misión peculiar de la Academia General del Aire la formación militar de los aspirantes a oficial de todas las Armas y Cuerpos del Ejército del Aire, elevando y depurando su espíritu de servicio y sacrificio, su sentido del honor y de la disciplina militar, fomentando su anhelo de perfeccionamiento y de propia superación, y cultivando el sentimiento de compañerismo y la voluntad de cooperación con todas las Instituciones Armadas». Una misión que, en la actualidad, sigue desempeñándose sin variación alguna, pues mantiene plena vigencia.

Una vez fundada, la Academia comenzó su andadura, aunque sin alumnos, pues el centro necesitaba adquirir sus recursos y organizarse. Dos años fueron suficientes para publicar y cubrir las plantillas de personal, para adaptar y completar las infraestructuras aeronáuticas, docentes y de servicios, para desarrollar los planes de estudios para cada arma o cuerpo, y para recepcionar el material aeronáutico, compuesto en su mayor parte por las históricas Bücker Bü-131, que serían el caballo de batalla de la enseñanza del vuelo a los alumnos del arma de Aviación.

Y todo ello bajo el mando del primer director de la Academia, el recientemente ascendido coronel Antonio Munáiz de Brea, procedente del arma de Infantería, y que había sido piloto en la Aviación Militar del Ejército. Fue auxiliado en su cometido por el primer jefe de Estudios, el teniente coronel Emilio Leucona y García-Puelles, que llegó al EA procedente de la Marina de Guerra, en la que había alcanzado el empleo de capitán de corbeta. El mando directo sobre los cadetes recayó en el comandante José Llaca Álvarez, primer jefe del entonces denominado Batallón de Alumnos (denominación mantenida hasta marzo de 1953, cuando se cambió por la más aeronáutica de Escuadrón). El comandante Llaca era un oficial de bien ganado prestigio como piloto de caza, pues contaba en su haber con cuatro victorias aéreas, obtenidas como miembro de la 4.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul durante la campaña de Rusia.

Cuentan de Llaca que destacaba por dos características personales: su rigor ordenancista, pesadilla de los cadetes, y su excelente forma física, que le permitía encabezar los frecuentes –y prolongados– pasos ligeros correctivos, actividad



*El capitán Llaca con la 4.º Escuadrilla en Rusia*

disciplinaria que gustaba de utilizar como personal medio de «elevar y depurar el espíritu de servicio de los alumnos», en una acepción ciertamente peculiar del decreto fundacional. Tal era así que, años después, uno de los componentes de la primera



promoción, el general Luis Ortiz Velarde, recordaría que, tras una formación poco marcial, «el comandante jefe del escuadrón de alumnos no podía transigir, fiel a su estilo e imagen, con semejante concesión a la geometría disciplinaria de la primera promoción. Nos anunció un paso ligero y... el día de Difuntos, después de comer, a la hora de instrucción, se puso a la cabeza de las tres escuadrillas, con los capitanes al frente de cada una de ellas. Iniciamos la 'galopada' más insólita que he sido capaz de vivir. El comandante mantenía su ritmo de fondesta a lo largo de los límites del aeródromo, sin descomponer la figura. Mi capitán aherrojó su úlcera de estómago, y siguió doliente y vivaracho la infernal cadencia de paso ligero, sin hacer comentarios. Cuando llegábamos a las Tres Marías, los pulmones se me escapaban por la boca y... me rendí, me paré, me sentí poco gallardo en mi derrota. Las escuadrillas prosiguieron la carrera por la explanada de cemento que bordeaba los barracones, cada vez más distantes de mi fatiga».

Este era el equipo en cuya capacidad de liderazgo confió el mando para acometer la tarea, ingente, de poner en marcha la Academia y sentar las bases de la formación de los futuros aviadores. Nada hubieran podido conseguir, no obstante, sin la ayuda de otros muchos profesionales que también, en este período inicial, trabajarían con ilu-

sión y sin descanso en sus respectivas responsabilidades docentes o de apoyo.

Por fin, tras la oportuna convocatoria la superación de los exámenes de ingreso, el día 15 de septiembre de 1945 se presentaron en San Javier los 251 cadetes de la primera promoción, entre

los que se contaban 140 pertenecientes al arma de Aviación, 63 del arma de Tropas de Aviación, 19 del cuerpo de Intendencia, y 29 de los cuerpos Especiales del Ejército del Aire, a su vez divididos en 16 ingenieros aeronáuticos, seis interventores, tres médicos y cuatro farmacéuticos. Estos últimos alumnos, cuyo período de formación era sensiblemente menor, eran conocidos —genéricamente— como los «especiales», aunque el acervo cadetil pronto les adjudicó el cariñoso apelativo de «aspirinos», tan popular que aún subsiste.

Esa primera promoción celebró, cincuenta años después, sus bodas de oro en la misma plaza de armas, en un acto donde su oficial más caracterizado, el teniente general Gonzalo Puigcerver Roma, antiguo JEMAD, pronunciaba durante su alocución, dirigiéndose al Escuadrón de Alumnos, unas emotivas palabras que en sí mismas encierran el éxito alcanzado y el esfuerzo empleado para ello: «cincuenta años separan a nuestras respectivas promociones... ¡Cuánto tiempo y, sin embargo, qué poco si considerarnos que no existe solución de continuidad entre ellas, porque estamos unidos por todas las promociones que cada año salen de este centro inspiradas en los mismos principios!».

A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron. Los actos académicos adquirieron continuidad y reiteración. Una clase tras otra, un vuelo tras otro, un curso tras otro... Las promociones comenzaron a sucederse, y sus ordinales, consecuentemente, a subir año tras año. El teniente general Ignacio Martínez Eiroa describió perfectamente este proceso:

«Desde entonces (1945), igual que las olas llegan a la orilla, con una cadencia rítmica y constante, las sucesivas promociones han ido llenando páginas de la escalilla hasta llegar, en el año 85, a ocuparla por completo... Y, también igual que las olas, las sucesivas promociones irán desapareciendo después de dejar impresa su huella en la arena, siempre un poco más alta... El Ejército del Aire y la Academia son como un ser vivo y su propio corazón, que a donde vayan, van juntos».

La Academia, en fin, empezó a madurar y a consolidarse como centro docente militar que avanzaba, inexorablemente, por ese duro camino no exento de dificultades que supone la búsqueda de la excelencia. Una andadura durante la que también empezaron a producirse notables hitos que, a lo largo de todos estos años, han ido jalando y dando contenido a su historia.

Algunos de estos hitos son de triste recuerdo, como las pérdidas de vidas humanas sufridas por diversas causas, todas ellas igual de lamentables y dolorosas. Desgracias que han traído el dolor a la Academia en no pocas ocasiones, y que tuvieron su inicio el día 4 de noviembre de 1945, con el fallecimiento del cadete Vicente Hernández Mar-

tín por enfermedad. Poco después, el día 24 de mayo de 1946, la Academia volvió a vestirse de luto por su primer alumno fallecido en acto de servicio, el caballero cadete Luis Blanco Muñoz, víctima de accidente aéreo durante un vuelo de enseñanza en El Carmolí. Sus honras fúnebres tuvieron carácter multitudinario, asistiendo para expresar sus condolencias una gran cantidad de autoridades, así como muchos vecinos de las poblaciones cercanas.

Hecho doloroso sin duda, pero poco comparable, sin embargo, al accidente sufrido por un Junker 52, que se estrelló el 18 de enero de 1950 en las cercanías de municipio albaceteño de Tobarra causando 16 víctimas mortales, un número inusualmente elevado al darse la trágica circunstancia de que volaba con tripulación doble, pues se dirigía a la maestranza aérea de Albacete a recoger otro Junker que allí estaba listo para su reincorporación a la AGA.

También queda en el recuerdo la consternación que provocó en toda España otro de los más lamentables accidentes que tuvieron lugar en San Javier, cuando una formación completa de cuatro aviones HA-200 Saeta, con cinco oficiales a bordo, se precipitó al mar el 11 de julio de 1975 durante un vuelo de ensayo para la pasada en el desfile aéreo que tendría lugar al día siguiente con motivo de la entrega de despachos. Es casi seguro que el líder fue víctima del peligroso fenómeno visual conocido como mar plato, tan habitual en las tranquilas aguas del Mar Menor, y los tres aviones restantes, en formación cerrada con él, le siguieron hasta su fatal destino en el fondo de la laguna. Los fallecidos fueron los comandantes Manuel Bernabé Ruiz y Ángel Prada Viñas, los capitanes Dionisio Carricondo Felices y Pablo Sedano Iguacel, y el teniente Juan Francisco Conesa Martínez, que volaba como pasajero para realizar un reportaje fotográfico.

Pero no todos los acontecimientos fueron tan tristes como estos.

El 19 de diciembre de 1945 la unidad se vistió de gala para recibir su primera enseña nacional, en la modalidad de Estandarte, que fue entregado por el ministro del Aire, general Eduardo González-Gallarza Iragorri. Un alto honor, incrementado, si cabe, por el hecho de que había sido donado por el Ejército del Aire, previa adquisición mediante suscripción abierta entre todos los oficiales del mismo.

No obstante, el completo reconocimiento a la entidad e importancia de la Academia General del Aire tuvo lugar el 18 de junio de 1979, fecha de la concesión del derecho al uso de la enseña nacional, esta vez en su modalidad de Bandera. A la satisfacción del reconocimiento, la Academia sumaba el orgullo de ser la primera unidad del Ejército del Aire en recibir tal distinción.

La entrega tuvo lugar el 27 de abril de 1980, en el que posiblemente haya sido uno de los actos más relevantes de cuantos se han celebrado en la Academia –si no el que más– no solo por su objeto, sino también por ser presidido por sus majestades los reyes de España don Juan Carlos y doña Sofía, acompañados de sus altezas reales el príncipe don Felipe –nuestro actual rey– y las infantas doña Elena y doña Cristina, así como del vicepresidente primero del Gobierno, teniente general Manuel Gutiérrez Mellado y una amplia representación de autoridades. Su majestad la reina doña Sofía concedió a la Academia el honor de actuar como madrina de la enseña. En el mismo acto también se celebraron las 500.000 horas de vuelo de los aviones de la Academia General del Aire, así como la presentación oficial del nuevo avión entrenador CASA C-101 Aviojet, E.25 Mirlo en su denominación militar. Sin duda, una jornada verdaderamente histórica.

Tampoco puede concebirse la historia de la Academia sin mención a otro de sus más importantes hitos, como es el honor de haber tenido entre sus alumnos al entonces príncipe don Juan Carlos de Borbón, y también, años después, a su hijo don Felipe, recibiendo ambos formación militar y aeronáutica como futuros reyes de España, y permaneciendo en San Javier durante un curso académico completo. Don Juan Carlos en el de 1957-58, integrado en la 11.<sup>a</sup> promoción, y don Felipe en el 1987-88, con la 41.<sup>a</sup>. Es destacable el hecho de que también ambos, durante el tiempo que permanecieron en San Javier, compartiesen con sus compañeros las fatigas y dificultades que exigió su formación como militares, oficiales y aviadores. Resulta innecesario decir que la Academia guarda un recuerdo muy especial de este hito y el orgullo de haberlo hecho posible.

En lo relativo a la proyección internacional de la AGA, podría decirse que comenzó a materializarse el 16 de septiembre de 1951 con la incorporación como alumno, con la 7.<sup>a</sup> promoción, del primer extranjero de los muchos que en los años sucesivos completarían sus estudios en la Academia. Se trataba del cadete Gonzalo Ascarzun Alarcón, de la Fuerza Aérea de Bolivia, al que seguirían otros alumnos –y también profesores–, de naciones tanto europeas, como Alemania, Francia, Irlanda o Italia, como americanas, Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Honduras o Uruguay, como de otros continentes también, como es el caso de Guinea Ecuatorial, Marruecos y Mauritania, en África, o Tailandia, en Asia. Con estos intercambios, a los que se sumaron los de carácter aeronáutico y también los deportivos, se inauguraría una cada vez mayor promoción internacional de la AGA como centro docente de prestigio internacional que culminaría con su integración

en la organización EUA-FA (European Air Forces Academies), de la que sigue formando parte.

La labor realizada por la Academia General del Aire en sus casi 75 años de existencia ha sido objeto de múltiples reconocimientos por parte de diversas instituciones públicas y asociaciones y entidades privadas, tanto españolas como extranjeras, lo que se ha materializado en la concesión de numerosos galardones y distinciones.

Merecen resaltarse entre estas: la Cruz y Corbata de la Orden de Mayo al Mérito Aeronáutico, concedida por la República Argentina en 1960; el Trofeo Internacional Beech Aircraft Corporation, otorgado en 1962; la Medalla de Oro de la Villa de San Javier, concedida en 1968; el Laurel de Murcia por institución sobresaliente, concedido

en 1971; la Cruz Azul de la Seguridad Social, en categoría de Plata, concedida en 1976; la Bandera y Armas de la República de Guatemala, entregadas en 1979; varias corbatas de honor con los colores y escudos de la Región de Murcia, de la Ciudad de Cartagena y de las villas de San Javier y San Pedro del Pinatar; la Medalla de Oro de la Región de Murcia, concedida por la comunidad autónoma de Murcia en 1993; y la Corbata de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, concedida por su majestad el rey Felipe VI a propuesta del ministro de Educación, Cultura y Deporte.

Una honrosa relación que sin duda continuará incrementándose, como muestra el hecho de que recientemente la Asamblea Regional de Murcia ha elevado moción al gobierno regional para que se solicite la concesión a la AGA de la Orden del Mérito Civil en su modalidad de Corbata, dándose la circunstancia –y el honor para la Academia– de que dicha moción fuese aprobada por unanimidad de la cámara en pleno.

Y es que la Academia ha mantenido desde su creación más que excelentes relaciones con las instituciones y las gentes que pueblan su entorno, y prueba de ello es el texto de la ponencia de la citada moción, transcrita en el diario de sesiones parlamentario, donde se afirma que la Acade-



*Su majestad el rey don Juan Carlos en su época de alumno en la AGA.*

mia General del Aire «no solo ha cumplido como institución pública con el cometido encargado por el Gobierno, sino que también ha colaborado activamente tanto con otras administraciones (central, autonómica y local) como con la sociedad y el entorno civil de la base en la que se halla ubicada.

A modo de ejemplo puede citarse que, en sus casi 75 años de existencia, la Academia de San Javier ha generado numerosos empleos, la mayoría de ellos ocupados por personas de nuestra región; ha contribuido a generar riqueza en su entorno a través tanto de las nóminas de su personal como de las inversiones realizadas y los suministros y servicios contratados; ha

dado también a los jóvenes murcianos, en los tiempos del servicio militar obligatorio, la posibilidad de realizar el servicio de prestación en un lugar cercano a su domicilio, y también ha auxiliado en todas las ocasiones a las víctimas de cualquier tipo de catástrofe acontecida, prestando su ayuda de forma desinteresada y aportando tanto sus medios materiales como personales. La última de sus actuaciones, todos ustedes la recordarán, tuvo lugar con motivo de las recientes inundaciones que padeció la comarca del Mar Menor.

Fue durante muchos años, además, el único centro hospitalario existente en la zona, prestando asistencia sanitaria cuando era necesaria tanto a civiles como a militares. Y también, de igual forma, durante mucho tiempo elevó la seguridad de los habitantes de los municipios vecinos mediante el mantenimiento y empleo del único servicio de extinción de incendios que existía en la zona. Otra importante aportación fue la llegada a los municipios vecinos, con mucha anticipación a otros lugares de España, de las conducciones de agua potable, y pudo sustituirse el incómodo sistema de suministro de pozos artesanales, aljibes, cubas... Otro tanto ocurrió con las líneas ferroviarias, cuyos ramales fueron



*El Centro Universitario de la Defensa de San Javier.*

llevados hasta Santiago de la Ribera y Los Alcázares por demanda del transporte militar, que durante mucho tiempo constituyó la mejor forma de transporte de los vecinos a las ciudades de Murcia y de Cartagena.

En el ámbito de la colaboración entre administraciones en situaciones de normalidad, cabe mencionar la absoluta predisposición de la Academia en todas las ocasiones en las que se le ha solicitado, y ello ha sido posible, para apoyar a los ayuntamientos y otras instituciones públicas en la celebración de eventos y actos tanto con personal como con infraestructuras y medios. También destacan los acuerdos de colaboración con la Universidad de Murcia o, como el que anteriormente les mencionaba, con la Universidad Politécnica de Cartagena. Al igual que la promoción cultural realizada a través de eventos propios y especialmente de conciertos realizados por su unidad de música en múltiples lugares de nuestra geografía, siempre a petición local y siempre cosechando un gran éxito entre el público asistente.

Igualmente, y en su condición de base aérea abierta al tráfico civil, ha prestado sus instalaciones aeronáuticas y sus servicios de control aéreo, contribuyendo de forma sobresaliente a las comunicaciones de la región. En la actualidad la base se encuentra abierta a recibir las visitas de cuantos colectivos lo soliciten. De igual forma, también atiende las peticiones que le cursan centros educativos o de cualquier otro tipo para que el personal militar se desplace donde sea preciso con la finalidad de difundir, con total transparencia, los contenidos y misiones que realizan, de forma tanto general como específica; por ejemplo, pilotos, bomberos, sanitarios, etcétera.

No menos importante también resulta el hecho de contribuir a la difusión y conocimiento global de la región de Murcia tanto a través de las visitas de colectivos y personalidades relevantes

como, quizás incluso en mayor medida, a través de la conocida Patrulla Águila, radicada en la base marmenorensis y que constituye también un icono de nuestra región... además, su arquitectura y el terreno que la circunda ha ayudado mucho a la conservación del entorno natural que la rodea, y en este sentido se ha cumplido una función medioambiental que le agradecemos».

Esta es la opinión del pueblo murciano, expresada y suscrita en moción aprobada por unanimidad de su cámara de representantes legítimos. No cabe mayor honor para una unidad militar que obtener y constatar de esta forma, el aprecio de la ciudadanía que la rodea.

Continuando con la relación de hitos históricos, no pueden dejarse sin mencionar los que han tenido que ver con la calidad de la enseñanza impartida en la AGA, desde la aprobación del plan de estudios inicial y sus sucesivas mejoras, pasando por la total adaptación posterior al sistema educativo general, hasta llegar, finalmente, a un nuevo modelo de enseñanza militar que incorpora al currículo de los egresados de San Javier una titulación de grado universitario, adicional a las que ya reciben como tenientes del EA y, en su caso, también como pilotos. La responsabilidad de impartir y acreditar estas dos últimas sigue correspondiendo, como siempre ha sido, a la propia Academia General del Aire. La titulación del grado de Ingeniería de Organización Industrial se otorga, tras la superación de las correspondientes materias, por la Universidad Politécnica de Cartagena a través del Centro Universitario de la Defensa de San Javier, ubicado en el interior del recinto de la base.

En esta breve historia de la Academia no pueden faltar referencias a la cercana base de Los Alcázares, desde siempre relacionada, por cercanía y actividad, a la Academia General del Aire, pero totalmente integrada con esta desde 1969 cuando el entonces denominado Destacamento de Los

Alcázares, aunque conservando identidad propia, pasó a depender de la AGA. Allí se establecieron de forma sucesiva la Escuela Elemental de Pilotos de Complemento (1969-1974), que realizaba las prácticas de vuelo en El Carmolí, el Centro de Instrucción Militar para la Escala de Complemento, IMEC (1972-1980) y el Centro de Selección de la Academia General del Aire, CSAGA, en su segunda época (1980-1986).

Tras la supresión del CSAGA, en la base alcazaña se estableció la que fue, hasta su disolución, la unidad más emblemática de la antigua Escala de Tropas y Servicios del Arma de Aviación: el Centro de Adiestramiento de Seguridad y Defensa, CASYD (1986-1995), con mando de coronel y totalmente independiente de San Javier. Tras nueve años de actividad, el CASYD sería trasladado a Zaragoza e integrado en la ETESDA, y el ahora denominado acuartelamiento aéreo de Los Alcázares iniciaría un período atípico, pues al no albergar unidad alguna quedó considerado como instalación auxiliar para maniobras del Ejército del Aire, dependiente del Mando Aéreo del Estrecho.

Finalmente, en 1997, y tras una nueva reorganización, el acuartelamiento aéreo de Los Alcázares se integró de nuevo en la Academia General del Aire, lo cual le supuso perder la consideración de elemento orgánico independiente dentro del Ejército del Aire. En la actualidad, las instalaciones de la Academia General del Aire en Los Alcázares –su nombre oficial actual–, por sus excelentes infraestructuras de alojamientos, aulas y, sobre todo, tácticas, tienen un intenso uso como lugar de maniobras y ejercicios, desarrollados tanto por el Ejército del Aire como por el de Tierra, Armada, Guardia Real, Unidad Militar de Emergencias, Guardia Civil e incluso Policía Nacional. También se utiliza prestando apoyo a otras actividades, como el Campamento Juvenil Aeronáutico, que organiza la Subdirección de Asistencia al Personal del Ejército del Aire, la Universidad del Mar, u otras activida-

des promovidas por el Ayuntamiento de Los Alcázares, como las visitas de personas interesadas en conocer este histórico recinto.

La Academia General del Aire ha sido desde su creación la principal unidad ubicada en la base aérea de San Javier, y en su estructura orgánica cuenta, además de con la Jefatura de Estudios, de la que depende el Escuadrón de Alumnos con los Grupos de Apoyo, Personal y Seguridad, Material y Fuerzas Aéreas. La responsabilidad de las operaciones aéreas corresponde a este último a través de sus escuadrones: el 791 Escuadrón de Vuelo Elemental, antes Escuela Elemental de Pilotos y antes Escuadrilla Inicial, que tiene como misión la enseñanza inicial del vuelo, y actualmente está dotado con las avionetas de origen chileno Enaer T-35C Pillan (E.26 Tamiz); el 792 Escuadrón, primero Escuadrilla de Polimotores y Vuelo sin Visibilidad, después Escuela de Aplicación y por último Escuela de Navegación hasta su desactivación en 2003, que estuvo dotada con aviones CASA C-212E Aviocar (TE.12B), en funciones de aula volante; el 793 Escuadrón de Vuelo Básico, antes Escuela Básica de Pilotos y antes Escuadrilla Básica y de Caza, que tiene como misión completar la enseñanza del vuelo para la obtención de la titulación de piloto militar, para lo cual está dotado con aviones CASA C-101EB Aviojet (E.25 Mirlo); y por último el 794 Escuadrón «Patrulla Águila», formación acrobática cuya misión es representar a España y al Ejército del Aire en todos aquellos eventos donde se requiera su presencia, para lo que opera los mismos aviones C-101 que el 793 Escuadrón, iguales en todo excepto en el esquema de pintura y en el sistema generador de humos que llevan instalado.

Han transcurrido casi 75 años desde aquella primera formación en la plaza de armas, pero el espíritu es el mismo: «Sin novedad» en la Academia General del Aire. La unidad se encuentra operativa y lista para seguir cumpliendo con su misión. Forman, en espíritu o presentes, 10.109 alumnos inscritos en el Libro de Filiaciones, pertenecientes a las 73 promociones que hasta el momento presente se han constituido como tales. •

Bibliografía y referencias disponibles en la publicación del Ministerio de Defensa *La Aviación y el Mar Menor*, del mismo autor que este artículo.



El C-101 con los colores de la Patrulla Águila